

MARCO GALÁN

La brega precisa con el capote

En principio, las leyes del toreo mandan que Marco Galán (Alcázar de San Juan, Ciudad Real, 1980) se turnase las banderillas con sus compañeros, pero si tiene que elegir, prefiere el capote, así que el matador le deja bregar casi todos los toros. Tomó la alternativa y ante la falta de oportunidades dejó la profesión para hacerse banderillero.

TITO SANDOVAL

El picador del que se saben el nombre

Tito Sandoval (Salamanca, 1972) se crió en la finca de Emilio Ortúñoz 'Jumillano', en Salamanca, y de chaval comenzó a montar caballos y a picar en las tientas. Así se hizo picador. Soltero y sin familia, lleva tres años con Javier Castaño. Hace mucho tiempo picó el primer toro que lidió su matador en el campo. Es uno de los elegidos y los tendidos conocen el nombre. Gusta la ortodoxia con la que hace la suerte.



Los tres banderilleros y el picador dieron el sábado la vuelta al ruedo en Las Ventas, un hecho jamás conocido hasta ahora. :: K. RODRIGO

Mientras se visten de plata suenan las gaitas de 'Braveheart' y juran triunfar o morir. Cobran 1.200 euros cada tarde. Así es la cuadrilla que ha alcanzado la gloria en Madrid

Cuando David Adalid puso el tercer par al quinto toro de Cuadri, una de las banderillas cayó al suelo. Como un niño rabioso llegó a las tablas y dio un puñetazo contra la madera. Todo habría acabado ahí si el matador Javier Castaño no le hubiera cedido el protagonismo. «Ahora pide permiso, ponle otro par y revienta esto». El presidente dijo que sí y después todo pasó muy rápido: las

banderillas en el morrillo del toro, Adalid saliendo del encuentro toreadísimo, como Lawrence de Arabia en el tren por el desierto, la aclamación cerrada y larga, sostenida hasta que los tres peones desmonterados y el picador Tito Sandoval echaron a andar de la mano de la gloria. Mientras tanto, en la misma circunferencia, Javier Castaño y el astado esperaban a la faena de muerte. ¿La cuadrilla dando la vuelta al ruedo mientras el matador aguarda? Nadie recuerda que hu-

biera ocurrido antes algo así. No importaba. En sus dos toros habían estado para ponerles un piso en la calle Alcalá. Desde el tendido les decían «¡torero!», los desconocidos se abrazaban entre sí y a más de uno se le mojaron los ojos. La plaza de Las Ventas, tan fría en general y tan cálida en sus abrazos, les regaló una ovación histórica, profunda, veloz y sonora como una marea de invierno. Después Castaño lidió al animal y si lo mata a la primera, la lía. Fue el sábado, cuando Madrid

se partió las manos por el triunfo de una cuadrilla de peones, por la gloria de los invisibles.

El segundo par lo puso Fernando Sánchez, el más joven de todos. Con sus 25 años, le anduvo a la bestia con un gracioso movimiento de pies y manos, y se puso muy serio. «Luego estaba como en una nube, pero si que me acuerdo del murmullo de los tendidos cuando me acercaba al toro». Se fue hacia él de frente, paso a paso, de poder a poder. Se arrancó a tres metros, clavó

con los pitones en las orejas y la plaza crujió. El historiador taurino Rafael Cabrera Bonet recuerda haberse puesto «de pie de un brinco», que es como uno se pone de verdad de pie en los toros. «Nunca había ocurrido algo así». El investigador cita otros antecedentes parecidos: el picador colombiano Anderson Murillo dio una vuelta al ruedo después de morir el toro a las órdenes de César Rincón. También Manolo Montoliú, a mitad de los ochenta, pero todos juntos con el